

QUIRÓS CASTILLO, J.A. (2013): *La materialidad de la historia. La arqueología en los inicios del siglo XXI*. Ed. Akal, Madrid, 368 p.

La presente aportación sobre el libro dirigido por el profesor Juan Antonio Quirós Castillo podría titularse *una reflexión sobre la arqueología ante los ojos de un geógrafo*. Exactamente, en mi condición de geógrafo histórico, he podido leer el libro *La materialidad de la historia* con el interés de quien tiene ante sí un actualizado estado de la cuestión de la arqueología histórica y también una reflexión profunda sobre sus objetivos y salidas profesionales. Los autores, prestigiosos arqueólogos españoles con la participación de John Moreland (University of Sheffield), han conseguido elaborar un estudio bien planteado que comienza con una serie de reflexiones epistemológicas en el contexto de los retos que se plantean para la disciplina (*¿el fin de la arqueología?*, titula Quirós-Castillo) para tratar de evaluar los ámbitos de aplicación profesional en el presente, con una especial referencia a la situación de España.

Por mi parte resulta demasiado osado opinar sobre este último conjunto de aportaciones, que ocupan especialmente la segunda parte (bajo el epígrafe *La arqueología como profesión*), pero me han parecido especialmente sugerentes las reflexiones de inicio (*La arqueología y la producción de conocimiento*) y el ámbito de aplicación concreto de la arqueología del paisaje que se desarrolla en la tercera y última parte de la publicación (*Los contextos de aplicación*).

La geografía, ciencia hermana de la historia y ciencia de frontera disciplinaria como pocas, ha trazado estrechos vínculos con la arqueología, muchas veces ignorados fuera del ámbito anglosajón¹, aunque con ejemplos remarcables en Francia e Italia. No ha sido así en España, donde la geografía –dispersa en sus objetivos y enfoques– todavía no ha sabido encontrar su lugar, aunque una larga tradición de estudios geográfico-históricos regionales avala el vínculo académico entre ambas disciplinas. De hecho, y al contrario de lo que ocurre

en otros países, en España la geografía se vincula mayoritariamente a las facultades de Humanidades: esto ha facilitado algunas colaboraciones destacables –por su larga trayectoria– en las universidades de Valencia o Zaragoza, que han tenido en los estudios del paisaje –desde una perspectiva geomorfológica y paleoambiental– un lugar de encuentro. Pero salvo estas dos excepciones las colaboraciones mutuas son llamativamente puntuales, existiendo desde hace décadas planteamientos geográficos de conjunto realmente interesantes como los ofrecidos por Jesús García Fernández² (Universidad de Valladolid) que han trascendido poco entre los arqueólogos históricos.

Por otro lado, en las últimas dos décadas se han incorporado con fuerza al análisis arqueológico las Tecnologías de la Información Geográfica (TIG), de las que se habla poco en el libro pero que, ciertamente, han significado un avance significativo en la comprensión espacial de muchos yacimientos y en los estudios morfohistóricos. Los prometedores progresos en el campo de la simulación (inteligencia artificial y autómatas celulares) y la disponibilidad de nuevas y detalladas fuentes cartográficas para el análisis espacial (difusión de datos LiDAR), junto con avances en los sistemas de análisis de restos sedimentarios y biológicos, permiten profundizar en la relación de geografía y arqueología con el paisaje como punto de encuentro. Pero las metodologías combinadas para descifrar el sentido del registro histórico que esconde el paisaje tienen un poso mucho más profundo. Más allá de las TIG y los análisis paleoambientales y geomorfológicos –englobados para muchos en la denominada geoarqueología o arqueología ambiental– conviene destacar a figuras como Karl W. Butzer (University of Texas at Austin), cuyos planteamientos iniciales desde el punto de vista de la ecología cultural (*Archaeology as Human Ecology*, 1982) han derivado en perspectivas más complejas de síntesis his-

1 VILLAFANEZ, E.A., "Entre la geografía y la arqueología: el espacio como objeto y representación", in *Revista de Geografía Norte Grande*, 50 (2011), pp. 135-150.

2 GARCÍA FERNÁNDEZ, J., *Organización del espacio y economía rural en la España Atlántica*, Madrid, 1975.

tóricas reforzadas –y no centradas únicamente- por análisis paleoambientales³. Los juegos de escalas espaciales –de los contextos generales a los estudios de caso- aplicadas por Butzer resultan muy ilustrativos de las posibilidades que ofrece la complementariedad de enfoques arqueológicos y geográficos. Por estas razones, siendo los arqueólogos los más geógrafos de los historiadores y adoptando la consideración mutua del espacio como un producto social con unas bases físicas definidas e igualmente cambiantes, un libro de reflexión arqueológica como es *La materialidad de la historia* es también útil para encontrar vínculos de unión entre disciplinas. Tal sería el caso del capítulo de John Moreland “Arqueología histórica. Más allá de las «evidencias»” que enlaza con la reflexión, más ajustada a la arqueología medieval, de Miquel Barceló (“Arqueología e historia medievales como historia”).

Moreland publicó en 2001 el libro *Archaeology and Text*, donde ponía de manifiesto la relación de la arqueología y la historia como una “relación entre los objetos y los textos” que normalmente ha sido de dominancia de los segundos sobre los primeros. En la base de esta relación está la idea de que lo escrito aporta evidencias menos hipotéticas y conjeturales que otros medios, como podrían ser los artefactos. Y en esta relación de dependencia –cuando no de sometimiento- encuentro paralelismos con el valor de los restos arqueológicos y la posibilidad de reconstruir y representar cartográficamente un paisaje en tiempos históricos. Con el mismo valor de hipótesis o conjetura, pero con la misma idea de complementariedad, la identificación de los límites de usos o coberturas del suelo en el pasado resulta muy dificultosa a partir de textos, y el geógrafo –como si de un arqueólogo del territorio se tratara- debe de basarse en otras evidencias para definir y explicar esos contactos y

sus variaciones en el tiempo, que al fin y al cabo es la gran aportación de la geografía al estudio del pasado.

En esta línea cabe destacar el capítulo de Almodena Orejas y María Ruíz del Árbol (Instituto de Historia, CSIC), que destacan la emergencia de la arqueología del paisaje por su capacidad de “integrar un amplio abanico de aproximaciones al registro arqueológico”, es decir, por su multidisciplinariedad espacial. El paisaje, como producto social, está sometido a un cambio continuado, que se puede explicar en términos de procesos más que de sucesión de episodios o estratificación de coberturas, por lo que la geografía histórica –también llamada geografía de los procesos- ha tenido en el estudio del dinamismo del paisaje uno de sus principales objetos de estudio. Aquí también confluyen, superando el debate de complementariedad o sumisión de una hacia la otra, la historia y la arqueología, que aportan técnicas de análisis para comprender todas las vertientes que confluyen en *el espacio de las relaciones sociales*. Otra cualidad remarcable de la arqueología del paisaje –que entiendo así como geografía histórica- es la conexión con el presente, donde las huellas de la acción constante del hombre sobre el medio se entrelazan, más o menos visibles, en el territorio actual.

Desde los pequeños objetos con capacidad de transformar el paisaje hasta los textos más reveladores, desde la disposición y contactos entre parcelarios hasta la configuración de las comunidades vegetales, pasando por las recientes normativas europeas y nacionales de protección y conservación, el Paisaje es el concepto científico de encuentro interdisciplinar que puede romper con los problemas de comunicación entre disciplinas cada vez más abiertas y permeables a nuevas formas de interpretar el pasado.

Pablo Giménez-Font

Universitat d'Alacant

Contacto: pablo.gimenez@ua.es

³ BUTZER, K. W., “Environmental history in the Mediterranean world: cross-disciplinary investigation of cause-and-effect for degradation and soil erosion”, in *Journal of Archaeological Science*, 32-12 (2005), pp. 1773-1800.